

# La patria de Arboleda

**Arboleda's Fatherland**

**A Pátria de Arboleda**

## Rafael Rojas

CIDE, MÉXICO D. F.

PRINCETON UNIVERSITY

Profesor del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) y de la

Universidad de Princeton. Doctor en Historia por el Colegio de México.

Es autor de *Isla sin fin* (Ediciones Universal, 1998), *Un banquete canónico*

(Fondo de Cultura Económica, 2001), *La escritura de la independencia*

(Taurus, 2003), *Tumbas sin sosiego* (Anagrama, 2006), *El estante vacío*

(Anagrama, 2009), *Las repúblicas de aire* (Taurus, 2009), *La máquina*

*del olvido* (Taurus, 2012). Correo electrónico: rrojas@princeton.edu

Artículo de reflexión

SICI: 0122-8102(201301)17:33<141:PATARB>2.0.TX;2-A

## Resumen

Este ensayo forma de parte de una exploración de los debates en torno a los derechos naturales del hombre que tuvieron lugar en la esfera pública hispanoamericana a mediados del siglo XIX. En Colombia, como en muchos países de la región, aquellas polémicas estuvieron relacionadas con las guerras civiles entre liberales y conservadores que se propagaron alrededor del año 1848. El poeta romántico Julio Arboleda Pombo (1817-1862), jefe militar y pensador católico, fue una figura central de aquellas disputas doctrinales y aquellas guerras civiles. En su obra poética y periodística es posible leer la emergencia de un conservadurismo posrepblicano que gravitaría sobre la esfera pública y el campo intelectual neogranadinos durante la segunda mitad del siglo XIX.

*Palabras clave:* guerra civil, derechos naturales, esclavitud, catolicismo, romanticismo, liberalismo, conservadurismo.

*Palabras descriptor:* Arboleda Pombo, Julio, 1817-1862, guerra civil, derechos humanos, esclavitud, Catolicidad - Historia, romanticismo, Liberalismo.

## Abstract

The present paper partly explores the debates on men's natural rights which took place in the public sphere in mid-nineteenth century Latin America. In Colombia, as in many other countries in the region, such debates were related to civil wars between liberals and conservatives which started around the year 1848. Romantic poet Julio Arboleda Pombo (1817-1862), military chief and catholic thinker, was a central figure of such doctrinal debates and of such civil wars. In his poetic and journalistic works it is possible to trace the emergence of a post-republican conservatism that would gravitate over the public sphere and academia in Nueva Granada, during the second half of the nineteenth century.

*Keywords:* Civil War, Natural Rights, Slavery, Catholicism, Romanticism, Liberalism, Conservatism.

*Keywords plus:* Arboleda Pombo, Julio, 1817-1862, civil war, human rights, slavery, Catholicity - History, Romanticism, Liberalism.

## Resumo

Este ensaio forma parte de uma exploração dos debates em torno dos direitos naturais do homem, que tiveram lugar na esfera pública hispano-americana a meados do século XIX. Na Colômbia, como em muitos países da região, aquelas polêmicas estiveram relacionadas com as guerras civis entre liberais e conservadores que se propagaram ao redor do ano 1848. O poeta romântico Julio Arboleda Pombo (1817-1862), chefe militar e pensador católico, foi uma figura central de aquelas disputas doutrinárias e aquelas guerras civis. Na sua obra poética e jornalística é possível ler a emergência de um conservadorismo pós-republicano que gravitaria sobre a esfera pública e o campo intelectual neogranadinos durante a segunda metade do século XIX.

*Palavras-chave:* guerra civil, direitos naturais, escravidão, catolicismo, romantismo, liberalismo, conservadorismo.

*Palavras-chave descritores:* Arboleda Pombo, Julio, 1817-1862, guerra civil, direitos humanos, escravidão, Catolicidade - Historia, Romanticismo, liberalismo.

RECIBIDO: 2 DE MARZO DE 2012. EVALUADO: 25 DE ABRIL DE 2012. ACEPTADO: 29 DE ABRIL DE 2012.

LA MITAD DEL siglo XIX fue en la República de Nueva Granada, como en casi todas las naciones hispanoamericanas, un momento de guerra civil y fractura liberal-conservadora de las élites letradas y políticas. Lo que en Hispanoamérica, Estados Unidos y Europa significaban términos como *liberalismo* o *conservadurismo* no era, como advertía el liberal chileno José Victorino Lastarria, necesariamente lo mismo (ix). De hecho, lo que en cada país hispanoamericano representaban esas identidades doctrinales y políticas tampoco era siempre lo mismo, aunque fuera distinguible la reiteración de ciertas pautas. En todo caso, la guerra civil y la autodenominación de los bandos enfrentados en la misma como *liberales* y *conservadores* parece haber sido una experiencia casi continental.

La historiografía colombiana ubica varias guerras civiles a mediados del siglo XIX en las que es posible leer la pugna doctrinal sobre derechos naturales del hombre. La primera de ellas es la llamada guerra de los Supremos (1839-1842), que comenzó como una revuelta del clero en contra de una ley impulsada por el presidente José Ignacio Márquez, que ordenaba suprimir los conventos y monasterios que albergaran menos de ocho religiosos o religiosas. Varios caudillos sureños autodenominados *los supremos*, como José María Obando, de la región de Cauca, quien había sido el primer presidente de la República de Nueva Granada, se levantaron en armas contra Márquez, quien pidió ayuda a Juan José Flores, el presidente ecuatoriano, para sofocar la rebelión en el sur. Esto provocó, a su vez, el levantamiento en contra de la intervención de Ecuador de los caudillos venezolanos Santiago Mariño y Francisco Carmona.

La segunda de aquellas guerras civiles, en 1851, perfiló aún más la polarización liberal-conservadora en ese país suramericano. Siendo presidente José Hilario López, los liberales neogranadinos, inspirados por las ideas de la Revolución de 1848, impulsaron una serie de medidas como la ampliación de la libertad de prensa, la reglamentación de los juicios de imprenta, la abolición definitiva de la esclavitud, la subordinación de los tribunales eclesiásticos a la autoridad civil o la potestad de los cabildos para nombrar curas y párrocos que culminaron con una segunda expulsión de los jesuitas del territorio colombiano, en mayo de 1850, que reivindicaba la *pragmática sanción* de abril de 1767 de Carlos III. El conjunto de intereses que afectaban estas reformas liberales estaba bastante concentrado en la Iglesia, pero también se sentían dañados los hacendados sureños, que favorecían la persistencia de la esclavitud o formas semif feudales de explotación del trabajo rural y algunos monopolios, como el del cultivo del tabaco.

La Iglesia católica, por medio de su arzobispo, Manuel José Mosquera, y de líderes sureños, como el poeta romántico Julio Arboleda, quien sumaba al conflicto viejos agravios regionales y políticos, se opuso al gobierno de López. La

guerra civil estalló en mayo de 1851 en ciudades del sur como Popayán, Patía, Timbío, San Juan de Pasto, Antioquía, Sogamoso, Mariquita, Guatavita, El Guamo y Cali. López, con el apoyo de Obando, quien ahora era leal al Gobierno, pacificó en pocos meses las ciudades rebeldes, aunque estos dejaron conformado, en la esfera pública colombiana, un polo conservador que aspiraría a ocupar el centro del poder político en los años siguientes. El joven escritor, abogado y congresista católico Julio Arboleda Pombo (1817-1862), líder derrotado de aquella revuelta conservadora, articularía su programa político al calor de esa experiencia.

Hasta 1851, Arboleda había tenido una evolución política zigzagueante, si bien anclada en el catolicismo, que a partir de ese año se zanjó a favor de un conservadurismo sin fisuras. Hijo del político bolivariano Rafael Arboleda, quien murió cuando él apenas cumplía catorce años, este poeta colombiano fue educado en Londres con un instructor católico irlandés y viajó por el Mediterráneo latino antes de su regreso, en 1838, a las haciendas de Popayán, que le heredaron sus padres. A la vuelta se involucró en las actividades de la Sociedad Filológica de Popayán, que reunía a los jóvenes letrados católicos del Cauca, algunos emparentados con él: Sergio Arboleda, Vicente Cárdenas, Cenón Pombo, Francisco Zarama, José Joaquín Mera, Enrique Arroyo, Manuel María Luna, Miguel y Manuel de Jesús Quijano... (Caro xi). Luego de su intervención en la guerra civil de 1839 a 1842, de la que salió con el grado de teniente coronel del Ejército, Arboleda tuvo un periodo de inmersión en la literatura, previo a su elección como representante al Congreso, primero por la provincia de Buenaventura y luego por la de Barbacoas (Caro xvii).

Fueron esos, 1843 y 1844, los años en que Arboleda escribió buena parte de su obra poética, incluyendo el largo poema épico *Don Gonzalo de Oyón*, tal vez su composición más representativa. Durante los años siguientes, como parlamentario católico liberal, caudillo militar, exiliado en Lima y, finalmente, una de las cabezas del conservadurismo neogranadino, Arboleda no dejó de escribir poesía ni de trabajar en el manuscrito de *Don Gonzalo de Oyón*. El estatuto de esa poesía dentro de la historiografía literaria colombiana es, sin embargo, difuso. Historiadores tradicionales, como Antonio Gómez Restrepo, todavía deudores de los juicios de críticos conservadores del XIX hispánico, como Miguel Antonio Caro y Marcelino Menéndez y Pelayo, lo colocan, junto a José Eusebio Caro, Rafael Núñez, Rafael Pombo, Jorge Isaacs, Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía, dentro de las voces fundamentales del romanticismo colombiano (Gómez Restrepo IV: 75-94). Historiadores contemporáneos, como David Jiménez P., en cambio, lo destacan menos dentro de los poetas de aquella generación, que a José Eusebio Caro o Rafael Pombo (63-74).

En la historia política, por su lado, la figura de Arboleda sufre los forcejeos entre los panteones heroicos del liberalismo y el conservadurismo. Biógrafos conservadores, como Joaquín Ospina, desde luego lo exaltan, y hasta el historiador y político liberal José María Samper (1828-1888), uno de sus rivales ideológicos, le dedicó una semblanza memorable (Samper, *Historia de un alma*, 105-124). Pero historiadores positivistas como Jesús María Henao y Gerardo Arrubla lo suman a la larga lista de caudillos conservadores de mediados del siglo XIX, sin resaltar en él mayores atributos (Ospina 152-153; Henao y Arrubla 660-666). Una peculiaridad de Arboleda que, por momentos, dificultó su ubicación en uno u otro panteón fue que, a diferencia de los otros dos líderes letrados y políticos del conservadurismo neogranadino a mediados del siglo XIX, José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez, el poeta pasó por un periodo de catolicismo liberal, a mediados de los cuarenta, cuando fue congresista opositor bajo los gobiernos de Pedro Alcántara Herrán y Tomás Cipriano de Mosquera (Samper, *Selección de estudios* 108).

A esta ubicación nebulosa en el canon literario y las tradiciones ideológicas colombianas, Arboleda agrega un cúmulo de visiones escindidas sobre su obra literaria y política. El dilema de las letras y las armas, en su caso reforzado por una constante intervención en guerras civiles, una larga carrera militar y una muerte violenta en 1862 –murió asesinado en Berruecos, a manos de un vecino de la zona, según algunos historiadores, por órdenes de políticos rivales– parecen marcar el debate sobre el legado intelectual y político de este poeta romántico. En las páginas que siguen intentaremos aproximarnos a la obra de Arboleda, apartándonos de la escisión tradicional que se atribuye a su poética y su política y, en lo posible, de las lecturas más estereotipadas de su conservadurismo. El conservadurismo de Arboleda, aun admitiendo la heterodoxia dentro de esa corriente que le atribuyó Samper, forma parte de una sólida tradición ideológica en Colombia e Hispanoamérica que no debe ser desconocida ni caricaturizada.

### **Aristocracia republicana**

El importante pensador conservador colombiano Miguel Antonio Caro (1843-1909) sostenía que la emancipación de las antiguas colonias españolas en el Nuevo Mundo fue obra de unos nobles contra otros: la aristocracia criolla contra la aristocracia peninsular, los “nobles de la tierra” americana contra los “nobles de la Castilla” peninsular (v-vi). De ese linaje hidalgo de Popayán, según Caro, provenía Julio Arboleda, lo cual marcaba su formación con algunas circunstancias como el hecho de “nunca haber pisado una escuela pública”, o haber “mamado los sentimientos cristianos y la educación literaria de su familia” (v-vi). Aunque Caro, como

Samper, reconocía un momento liberal en la evolución política de Arboleda, este le parecía una suerte de desvío o desorientación, toda vez que el joven de Cauca, antes de llegar al Congreso en Bogotá, había tenido ya actitudes conservadoras como el rechazo a las leyes contra los conventos menores de 1839 (XII).

Samper, desde una historiografía liberal ubicada en las antípodas de Caro, coincidía con este en que el abolengo, la riqueza, la cultura europea y la florida oratoria de Arboleda le abrieron las puertas del Congreso, y provocaron la admiración de unos y otros, y que eclipsara a líderes parlamentarios liberales de su generación, como Ezequiel Rojas y Manuel Murillo Toro (*Selección de estudios* 112). Además de fortuna y conexiones familiares tan poderosas como estar casado con una hija de Rafael Mosquera, Arboleda, según Samper, se diferenciaba de la mayoría de los caudillos conservadores por estar dotado de una formación doctrinal en la que se alternaban citas de originales de Décimo Junius Juvenal, Joseph de Maistre y José Donoso Cortés. Estas referencias eran reconocibles en otros pensadores y políticos católicos de su generación, como el ecuatoriano Gabriel García Moreno, con quien acabaría enfrentado a pesar de compartir más de una idea.

Es interesante observar que a la altura de los años setenta y ochenta del siglo XIX, cuando Caro y Samper escribieron sus semblanzas de Arboleda, esta idea de la pertenencia a un linaje republicano, económica y moralmente autorizado, desde la posesión de tierras, la fe católica y la cultura europea, era reconocida tanto por liberales como por conservadores. Arboleda y su propia esposa provenían de la familia de Joaquín Mosquera, el caudillo de Popayán que había sido presidente de la Gran Colombia luego de la muerte de Bolívar. Esa alcurnia, que lo conectaba directamente con la generación de los próceres de la independencia neogranadina, le otorgaba una importante legitimidad dentro de los políticos nacidos luego de la guerra contra España.

Además de abolengo y riqueza, Arboleda poseía una mezcla de “burla aristofánica” e “invectiva católica”, puesta a prueba en la publicación *El Misóforo* (1850), que lo hizo un publicista tan temible en la expresión oral como en la escrita. Fue por ello que los congresistas liberales, como recuerda Samper, saludaron el alineamiento del joven sureño con causas de su partido, entre 1844 y 1848, bajo el gobierno de su propio tío, Tomás Cipriano Mosquera, como la propuesta de ley de extrañamiento y supresión de la Compañía de Jesús; el proyecto centralista de reforma de la Constitución de 1843, que aspiraba a subdividir las veinte provincias de la Nueva Granada, duplicando las entidades administrativas y políticas; o las candidaturas oficialistas a la presidencia neogranadina de Eusebio Borrero y Rufino Cuervo (Samper, *Selección de estudios* 113-114). Ese alineamiento, que el conservador Caro interpretó como penoso y el liberal Samper como la alianza de

quien posee un “temperamento moral conservador, aunque sin serlo rigurosamente”, tenía, sin embargo, un trasfondo doctrinal en el acendrado patriotismo católico, como puede leerse en la argumentación de Arboleda a favor de la expulsión de los jesuitas (Caro xxix; Samper, *Selección de estudios* 113-114).

Como ha recordado Iván Vicente Padilla Chasing, en su interesante estudio *El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX* (2008), los argumentos de Arboleda para respaldar la expulsión de la Compañía de Jesús en 1848 no eran anticlericales o laicos (146-166). El joven poeta de Popayán reaccionaba contra el reciente restablecimiento de los hermanos loyolistas en territorio colombiano, en 1843, porque este, a su juicio, amenazaba las propias instituciones eclesiásticas colombianas y su rol, sobre todo en la educación de los niños, adolescentes y jóvenes del país. En un par de cartas publicadas en el periódico *La Época* y luego recogidas en un folleto, el poeta comenzaba afirmando su fe católica, ya plasmada en buena parte de la poesía que había escrito hasta entonces, y advertía sobre la falta de arraigo patriótico de los jesuitas (Arboleda 2).

Las razones de Arboleda estaban tan lejos de posiciones galicanas o regalistas como cerca del sacerdote turinés Vincenzo Gioberti, quien por esos mismos años polemizaba con la Compañía de Jesús a propósito de la unidad italiana. Gioberti, que había escrito el tratado *Sobre la superioridad civil y moral de los italianos* (1843), en el que proponía la unidad de Italia bajo la soberanía de los Estados Pontificios, rechazaba a los jesuitas por foráneos y carentes de un compromiso nacional. Las ideas de Gioberti tuvieron una favorable acogida en los primeros años de Pío IX en la Santa Sede, sobre todo cuando se agudizó el conflicto de la unificación italiana. Al año siguiente de que Pío IX iniciara su largo pontificado, Gioberti publicó el libro *El jesuita moderno* (1847), que desataría su agria polémica con la Compañía de Jesús. En ese tratado Gioberti cuestionaba el patriotismo italiano de los jesuitas, insinuaba la complicidad de estos con la hegemonía de Austria y recomendaba al papa expulsar a la Compañía de los Estados Pontificios, medida que temporalmente adoptó Pío IX (Lacouture 218-219).

Arboleda seguía en Bogotá el mismo hilo argumentativo. Si el papa en Roma expulsaba a los jesuitas del territorio pontificio, ¿por qué no hacerlo también en la Nueva Granada, donde la educación católica de los niños, adolescentes y jóvenes debía ser una prioridad de la propia Iglesia? En una visión de la patria sumamente ligada al linaje criollo, Arboleda sostenía que los jesuitas, además de carecer de nación, tampoco tenían familia, con lo cual propiciaban una “estoica indiferencia” y una “obediencia pasiva”, inconveniente para una ciudadanía que necesitaba de una guía espiritual y moral rígida, como la que solo podía ofrecer el clero católico (Arboleda 12-15). Fueron esas fuentes doctrinales, que se tocan con

la crítica de Lamennais a la “indiferencia” en materia religiosa, y no las liberales, las que hicieron que Arboleda, apenas tres años después, se sumara resueltamente a la revolución conservadora cuando el gobierno de López anunció, entre otras medidas, la expulsión de los jesuitas.

Samper, intentando acercar a Arboleda a la corriente liberal, atribuye el respaldo de este a la expulsión, en 1848, a lecturas socialistas de la época, como *El judío errante* de Eugène Sue, pero es mucho más probable que, como sugiere Caro, la posición Arboleda estuviera relacionada con la polémica de Gioberti o, acaso, con las *Cartas provinciales* de Pascal y la tradición jansenista que debió conocer durante su formación católica en Europa. Las raíces doctrinales de la literatura y la política de Arboleda, como veremos, no tenían que ver tanto con las que Samper, en sus memorias *Historia de una alma* (1881), describió magistralmente para los jóvenes liberales de Bogotá que, bajo la influencia de la Revolución de 1848, fundaron la Sociedad Democrática y la Escuela Republicana, se afiliaron a las logias masónicas y leyeron el *Diccionario filosófico* de Voltaire y la *Historia del Imperio romano* de Gibbon, las *Ruinas de Palmira* de Volney y la *Ideología* de Destutt de Tracy, la *Moral universal* de Holbach y la *Deontología* y la *Legislación* de Bentham (Samper, *Historia de un alma* 155, 222-223).

Sin despreciar lecturas románticas (Byron, Hugo, Dumas), como las de muchos de sus contemporáneos que dejaron huella en su escritura, las resonancias de Arboleda tienen que ver más con el horizonte de la impugnación católica al liberalismo y al utilitarismo, que delineó José María Groot en su *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada* (1893). Allí sostuvo Groot, en contra de la corriente liberal encabezada por Ezequiel Rojas, que el individualismo y el materialismo que subyacían a la doctrina liberal de los derechos naturales del hombre de Benjamin Constant, o al principio de utilidad de Jeremy Bentham, encontraban su mejor refutación en los Evangelios, Jesucristo, san Pablo, santa Teresa de Jesús y, por supuesto, santo Tomás de Aquino, a quien proponía regresar, en una línea muy similar a la que por esos mismos años defendía Rafael Fernández Concha en Chile (Groot 200-215).

El equívoco sobre las motivaciones de Arboleda para apoyar la expulsión de los jesuitas en 1848 se origina en sus propios correligionarios del Partido Conservador, José Eusebio Caro y Mariano Ospina, quienes reaccionaron a dicho apoyo con argumentos similares a los vertidos en el panfleto anónimo *Refutación de algunos errores del Sr. Julio Arboleda sobre los jesuitas y sus constituciones* (1848), que Miguel Antonio Caro atribuyó, precisamente, a Groot (Caro 5-23). Así como Arboleda se acercaba a las posiciones de Gioberti y los *neogüelfos*, Groot suscribía la perspectiva de Jacques Crétineau-Joly en su *Clément XIV et les*



*Jesuites* (1847). Una reconstrucción de las ideas de Arboleda hacia 1848, junto a una mejor comprensión de las peculiaridades de su liderazgo parlamentario en Bogotá, podrían ayudarnos a explicar aquel posicionamiento.

La poesía es, tal vez, la fuente documental más propicia para leer las ideas de Arboleda en los años cuarenta. Poemas religiosos, como “El Viernes Santo”, fueron escritos en aquella época y nos describen a un poeta con la visión maniquea de un mundo escindido por la lucha entre el bien y el mal. Satán y los ángeles caídos rodean y tientan el “corazón de los justos”, pero el “noble rostro” del Cristo “despide un rayo que inunda todo el espacio infinito”. Arboleda narra con derroche de imágenes cósmicas esa batalla entre Dios y el Demonio, que culmina con la humillación de los ángeles caídos: “Brilla como un meteoro / la cruz, en que está fijado / el que, muriendo, ha salvado/ al hombre de eterno lloro... / Los Ángeles del Señor/ bajan desde el alto cielo/ y se humillan en el suelo / ante el muerto Creador” (Caro 4-5).

Junto con una constante representación del mal, que lo enlaza con una tradición de poéticas católicas latinoamericanas que Esteban Ponce Ortiz ha asociado con el colombiano José Eusebio Caro y el ecuatoriano Juan León Mera, Arboleda apelaba a esa figura del *muerto creador* como un elemento de fusión de lo erótico y lo tanático (Ponce 127-143). Ponce encuentra en estos poetas contemporáneos de Arboleda una defensa de la familia, la patria y la religión, contra las amenazas morales del escepticismo y el laicismo, muy parecida a la que emprenderá el poeta y político de Popayán (144-184). En el caso de Arboleda ese maniqueísmo se reforzaba aún más por su involucramiento militar en las guerras civiles colombianas de mediados del siglo XIX, una experiencia que robustecería su sentido del honor.

No es imposible leer este entramado de honor y fe en la poesía amorosa que escribió Arboleda en aquellos años. Las amadas de Arboleda deben su belleza física a Dios, pero la transformación de esos atributos naturales en una belleza propiamente moral debe ser *labrada* por el amante: “tu suerte, hermosa flor, tu suerte, / yo quisiera labrar y tu ventura” (Arboleda 8). La amada es una virgen siempre bajo el acecho del diablo: “Flor virginal que con la brisa ondeas, / el gusano te acecha, en torno andando / el diente aguza, y el tallo blando. / ¡Oh Dios, buen Dios, apártale de allí”. La batalla entre el bien y el mal que fractura la sociedad se traslada al amor, entendido como una guerra moral, en la que se enfrentan la virtud y la moral católicas y las tentaciones del *enemigo* y el Demonio: “Cuídala ahora! El enemigo existe / desnudo de virtud y de piedad / no le permitas deshojar su lirio” (8).

Esta fuerte noción del honor católico masculino, desplegada lo mismo en el ámbito de la guerra que en el del amor, la familia, la sociedad o el Estado, tuvo una muy completa plasmación en el poema épico *Gonzalo de Oyón* (1858), obra que, aunque escrita en su mayor parte desde 1843, alcanzó una edición no definitiva a fines de la década siguiente. La visión histórica, moral y política de la Colombia republicana y la propia afiliación conservadora de Arboleda pueden leerse en ese texto, tan celebrado por Marcelino Menéndez y Pelayo y Miguel Antonio Caro a fines del siglo XIX, como pieza emblemática de la tradición épica en lengua castellana. Aunque localizado en el periodo de la conquista del norte del Virreinato del Perú –el Sur de lo que luego sería el Virreinato de la Nueva Granada–, en el siglo XVI, el poema transmitía ideas e imágenes de notable gravitación sobre el conflicto liberal-conservador de la Colombia de mediados del siglo XIX.

Arboleda comenzaba con una solicitud de ayuda a la musa de la Memoria para que lo asistiera en la reconstrucción de los “hechos de los ínclitos varones”, que rebasaron los “estrechos límites de un siglo” (Caro 122-123). Le interesaba narrar la “gloria de aquellos héroes iberos”, de “prudente tino” que con la “cruz izada lidiaron tenaces a las tribus de bárbaros errantes” (125). Desde los primeros versos era evidente que el poeta neogranadino se proponía transmitir una visión ennoblecedora de la conquista y la evangelización americanas por el imperio católico español. A diferencia de otros poetas románticos de la generación anterior, como José María Heredia y José Joaquín Olmedo, Arboleda carecía de visiones exóticas o idealizantes sobre las civilizaciones prehispánicas.

Su exaltación étnica y moral del conquistador (Pizarro, Almagro, Valdivia o Sebastián Benalcázar, adelantado de la conquista de Quito, un personaje del poema) era indudable: “clara es su raza en bélicas hazañas, / que en esos tiempos la virtud guerrera / temprana herencia de los hijos era” (128). La representación racial del conquistado apela a casi todos los tópicos sobre la barbarie de las comunidades prehispánicas, como el de los “bárbaros suplicios” y el de la imagen erótica de Pubenza, la hija del cacique Pubén, quien es insinuada como mestiza: “Y no quedaba de la clara estirpe, / para baldón de un héroe y su vergüenza, / sino la hermosa, angelical Pubenza, / vástago tercio del mayor Pubén” (125). La defensa racial del conquistador propiciaba, incluso, analogías religiosas y militares:

No era esta la raza enferma, degradada,  
que aspira, entre perfumes y mujeres,  
el aire envenenador de los placeres,  
sin fe, sin ley, sin Dios, sin corazón:  
una piedra la almohada del guerrero,  
La tierra era su lecho suntuoso,

su alma en la gloria hallaba reposo,  
y su brazo en las armas diversión. (128)

Lo que sí comparte Arboleda con la poesía romántica de la generación anterior es la pastoral de la naturaleza y el paisaje americanos –especialmente del Cauca– como espacios para la afirmación simbólica de nuevas naciones (140-144). Los países que se desprenden de la vieja monarquía católica heredan, como buenos hijos, además de la tierra y el paisaje, la religión, la lengua y las leyes de la Madre Patria. El amor o la hermandad entre los vencedores y los vencidos, que se simboliza por medio del romance entre Gonzalo y Pubenza, es resultado de la superioridad civilizatoria de esas tradiciones hispánicas (132-135). Esta certidumbre, que enlaza a Arboleda con otros conservadores de su generación, como Lucas Alamán en México y Gabriel García Moreno en Ecuador, es propia de una reacción contra el liberalismo de mediados del siglo XIX por medio de una afirmación patriótica e, incluso, local de los valores católicos y latinos de las naciones hispanoamericanas.

Arboleda lo dejó claro al adentrarse en el largo pasaje del poema dedicado a la evangelización de América. Para el poeta colombiano, esa conquista espiritual era más importante aún que la conquista militar, a pesar de que el componente guerrero de su imaginario era tan tangible como el católico. La cristianización americana ocupaba un lugar central en la propia epopeya de la conquista, toda vez que la cruz “sembraba virtud” en las cabezas que no habían sido cortadas por la espada. La *virtud*, según Arboleda, era un valor republicano que había demostrado su capacidad de regeneración cuando pasó del paganismo grecolatino al cristianismo romano. La virtud, al volverse cristiana, “logra milagros: ilumina al mundo con su luz” (184-185).

La verdadera hazaña de la conquista había sido “infiltrar” en una parte desconocida y atrasada de la “familia humana las máximas fecundas del cristianismo” (223). El avance de la religión sobre las almas de los americanos prehispánicos no era un hecho aislado en el encadenamiento cristiano del mundo operado por la monarquía católica: “De Cristo el pueblo: le abre la tierra sus entrañas; / somete el mar su mente, y allana las montañas, / y le aman Indo y Chino, Árabe y Japonés” (223). Una vez trasplantada a América esa familia católica, base de la

---

1 Se trata de la misma representación del imperio universal de la cristiandad como una “cadena de los mundos”, que aparece en la *Grandeza mexicana* (1604) de Bernardo de Balbuena y que recientemente ha reinterpretado Serge Gruzinski en *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*.

civilización, que ocupa la tierra y se reproduce en pueblos y ciudades, el mayor crimen, concluye el relato, es la rebelión fratricida, la guerra civil.

Una larga sección del poema histórico *Gonzalo de Oyón* está dedicada a narrar la historia de las rivalidades entre Gonzalo y su hermano Álvaro, quienes acabarán formando parte de ejércitos enemigos (256-290). El poema presenta ese tipo de discordias entre las familias de los conquistadores como la primera manifestación de la guerra civil en América. Su narración cumple un rol alegórico en relación con la Nueva Granada de la década de 1850, en la que se habían producido dos conflictos militares, el del 51 y el del 54, en los que el propio Arboleda intervino como soldado conservador. Al final del poema, ambos hermanos se reconcilian bajo la virginal figura de la madre, en cuya bendición se unen (290).

Pero antes del desenlace, por medio de un parlamento de Gonzalo, Arboleda llegó a formular una visión católica del contrato social, según la cual el estado de guerra civil, provocado por los enemigos de la patria, la familia y la religión, es decir, por los liberales, era una vuelta al estado de naturaleza o barbarie. La guerra civil, aun cuando proviniera de un levantamiento de los conservadores, como el de 1851, era siempre resultado de la violación del pacto de lealtad a las virtudes cristianas. Ese pacto garantizaba una libertad limitada, pero su ruptura solo podía conducir a la esclavitud y el despotismo:

Quiero la libertad entre los hierros  
que el mismo Dios solivia y aligera  
no la dorada esclavitud que impera  
rodeada de pompa y vanidad.  
Los que sirven al mundo y se apasionan  
del funesto oropel de su alabanza,  
siguen también del mundo la mudanza  
y malos son si él premia la maldad. (288)

Es interesante observar el campo semántico que Arboleda tendió alrededor de los conceptos de libertad y esclavitud, en *Gonzalo de Oyón* y otros poemas de los años cuarenta y cincuenta, a la luz de su propio levantamiento contra el gobierno liberal de José Hilario López, en 1851, una de cuyas reformas era la abolición definitiva de la práctica esclavista en territorio neogranadino. Arboleda, dueño él mismo de esclavos, como veremos, invertía y a la vez desplazaba el significado de los conceptos presentando el liberalismo y el jacobinismo como opciones políticas que esclavizaban al ciudadano católico.

En varios poemas a su hija Beatriz, de cinco años, escritos desde su exilio en Lima, luego de la derrota de las tropas conservadoras, Arboleda, quien se

oponía a la abolición definitiva de la esclavitud, presentaba a los ciudadanos de la república liberal como esclavos. “¡Pobres huérfanos, hundidos / en el fango y la opresión!” (15), decía de los habitantes de la Nueva Granada que eran gobernados por los liberales. Más adelante colocaba a su hija, que lloraba al padre ausente, dentro del linaje republicano y católico que descendía directamente del procerato de la independencia colombiana. Esa aristocracia debía su condición a la independencia nacional, pero también a una hegemonía racial:

Por ventura en esa lágrima  
que tus ojos humedece  
de mis padres resplandece  
el valor y la virtud.  
De esos cuya nieta eres,  
que por la patria murieron,  
y la cadena rompieron,  
de una larga esclavitud. (16)

Y agrega:

Todos son esclavos, y ella,  
mi hija, ya llora su pena,  
y ellos sufren la cadena  
con santa resignación. (16)

Y concluye:

Cuentas cinco primaveras  
y ya lloras; y ese llanto  
honra tu raza también  
al ver lo que sois ¡oh hijos  
y al ver que algún parricida  
os quita el pan y la vida  
le alabo porque hace bien  
hace bien: no sois vosotros  
de aquella raza maldita  
que de hinojos solicita  
perdón por la virtud  
de hambre moriréis acaso  
muertos!... esclavos! Prefiero  
llevaros muertos: no os quiero  
vivos en la esclavitud. (17)

La contraposición entre libertad y esclavitud planteada en este poema de 1851, escrito en plena guerra civil, nos sitúa frente a la visión de los derechos naturales del hombre predominante en el conservadurismo hispanoamericano de mediados del siglo XIX. Una visión edificada sobre las bases religiosas y jerárquicas de una hegemonía social y racial, pero que invocaba constantemente su conexión espiritual e, incluso, sanguínea con el republicanismo fundacional de la región. En buena medida, tanto en la Nueva Granada de Arboleda como en el Ecuador de García Moreno, la disputa entre el liberalismo y el conservadurismo, además de deberse a una discordancia doctrinaria sobre la libertad y la esclavitud, pasaba por la disputa del legado de la independencia.

### Las dos esclavitudes

En tres libros ineludibles de la historia intelectual y política de Colombia –*Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada* (1853), *Los partidos en Colombia* (1873) y las ya citadas memorias *Historia de una alma* (1881)–, José María Samper narró los pormenores de la polarización liberal-conservadora que vivieron las élites neogranadinas en 1851. Samper describía con el natural entusiasmo de su liberalismo juvenil el avance de nuevas formas de sociabilidad, como las sociedades democráticas y las escuelas republicanas, creadas bajo el influjo de la Revolución francesa de 1848 y fomentadas por el gobierno reformista de José Hilario López (1849-1853)<sup>2</sup>. Al igual que Lastarria, Bilbao y los liberales chilenos de la misma generación, Samper no dudaba en llamar a aquel movimiento *revolución*, solo que en este caso se trataba de un conjunto de reformas desde el poder y no de un levantamiento armado. El *régimen del 7 de marzo*, como también lo llamaba, era genuinamente revolucionario; los conservadores que, como Julio Arboleda, se enfrentaban a este eran falsos revolucionarios:

Monopolistas que se habían enriquecido con la explotación de la hacienda pública; los propietarios de esclavos, privados del sangriento absolutismo del látigo, que ejercían sin piedad sobre sus víctimas; los sacerdotes que habían prostituido las conciencias y pervertido el pensamiento popular, escudados en la impunidad que les brindaba el fuero; los tartufos y los amigos del secreto y de la compresión, a quienes perjudicaban la libertad de prensa; los espoliadores de la justicia, a quienes no convenían la publicidad y el jurado; los sectarios del disimulo, del espionaje y la obediencia pasiva, a quienes hacía falta la alianza de los jesuitas; los codiciosos, a quienes hacía perder sus

2 Véase Samper (*Apuntamientos* 561; *Los partidos en Colombia* 52-57; *Historia de un alma* 185-193, 189-191 y 222-223).

sinécuras la redención de los censos: en una palabra, los que sufrían algún ataque en sus lucros inmorales, ejercidos bajo la garantía de instituciones viciosas que erigían el peculado y la expropiación del pobre en sistema de organización social. (*Apuntamientos* 563-564)

Samper era, desde luego, vehemente en el retrato de sus enemigos, pero, a juzgar por el conjunto de reformas que impulsó el gobierno de López entre 1851 y 1853, que culminó con la Constitución liberal de este año –el mismo, por cierto, de la Constitución liberal argentina–, describía con bastante fidelidad las políticas a las que se opusieron los conservadores. Los jurados de imprenta, la abolición de los fueros eclesiásticos, la expulsión de los jesuitas, la abolición definitiva de la esclavitud, la supresión del sufragio censitario, la aplicación del patronato religioso desde los cabildos y la desamortización de terrenos baldíos fueron, en efecto, reformas aprobadas y aplicadas en un lapso muy breve de tiempo, como tres años después intentarían los liberales en México (*Apuntamientos* 561). Al igual que en este país, la reacción conservadora fue tan violenta como persistente: derrotados en 1851, los conservadores volvieron a alzarse en 1854, esta vez contra el presidente José María Obando y aliados con la facción “golgotista” de los liberales; y, finalmente, llegarían a la presidencia con Mariano Ospina en 1857 (Samper, *Los partidos en Colombia* 68-70).

El poeta Julio Arboleda fue uno de esos conservadores soldados que lucharon en ambas guerras civiles y que, todavía en 1860, tomarían una vez más las armas para defender la causa de su partido. La obra poética de Arboleda, escrita en medio de esas contiendas militares, nos ayuda a comprender el, por momentos, inasible tema de las motivaciones de los actores de una guerra civil, de ese cúmulo de ideas y creencias, valores y pasiones que se involucran en la lucha a muerte por una corriente política. El apoyo que brindó a la revista popayana *El Misóforo*, en 1850, y los poemas y artículos que publicó en esta ofrecen al historiador una buena cápsula de la imaginación conservadora en Hispanoamérica.

Lo primero que llama la atención de esta publicación es la resuelta afiliación “conservadora” que asumen sus editores contra los que llaman los “rojos granadinos”, es decir, los liberales que han llegado al poder, en Bogotá, el 7 de marzo de 1849. Desde el primer número, del 13 de junio de 1850, que aparecía flanqueado por dos cronologías –“año 40 de la Independencia” y “2° de la Tiranía”– se presentaba a los liberales como conspiradores, socialistas y anarquistas, y al presidente López como tirano (*El Misóforo* 1: 1). La revolución liberal era calificada de “horrenda y sacrílega” y su administración, de “engendro” (1). La oposición de los conservadores a ese gobierno, según los editores de *El Misóforo*,

era en “nombre de los derechos del pueblo conquistados por nuestros mayores” y de tradiciones familiares y cristianas que estaban siendo amenazadas por quienes “cubrían el rostro deforme de la República con el gorro rojo de la libertad” (1).

Es notable, desde el primer número, esta defensa filial de la república, emprendida por las élites popayananas. Luego de varias cartas firmadas por cientos de vecinos contra el Gobierno, los editores insertaban una con las rúbricas de más de mil mujeres que demandaban la retención de los jesuitas en el territorio nacional. Las mujeres hablaban como esposas y madres, en nombre de sus maridos y sus hijos, a favor de la función educativa de la Compañía de Jesús, que enseñaba la “doctrina de la verdad” en las escuelas (4). *El Misóforo* no representaba, por tanto, las ideas de un pequeño grupo de letrados y políticos conservadores sino los intereses de toda una comunidad.

En el segundo número, en el que se insertaron las “Escenas democráticas” de Arboleda, hablaban los empresarios y hacendados de la zona. En un artículo titulado “A la francesa” y firmado con el pseudónimo de Jean Socialiste Egalité se caricaturizaba el avance de las sociedades democráticas, bajo la influencia del socialismo romántico francés, en la política neogranadina. Según el autor, a lo que aspiraban los socialistas en Francia o en Nueva Granada era a igualar los salarios, con lo cual se abría la puerta a un igualitarismo que, en nombre de la democracia, amenazaba la estructura jerárquica del país. La “concepción magnífica del rojismo francés –apuntaba el autor– consistía en igualar el salario de todos, desiguando el trabajo de todos: darle al que nada hace el producto del trabajo del que todo lo hace” (*El Misóforo* 2, 9).

El autor del artículo soltaba las riendas de una visión estamental de la sociedad cuando argumentaba que ese igualitarismo tendía a suprimir “diferencias naturales”, uniformando el consumo y los hábitos de los ciudadanos. A su juicio, la práctica del salario mínimo era el punto de partida para una igualación total de los salarios, de manera que en un futuro próximo todos los hombres tendrían la misma cantidad de dinero y, por tanto, “comerían y beberían lo mismo” y se “vestirían igual” (8-10). Su conclusión era que en Francia o en Colombia los “rojos” acabarían arruinando las economías y destruyendo la riqueza con el fin de que los “pobres, los ignorantes y los vagos” gritaran “¡Vive la Liberté!, ¡Vive la Egalité!” (8-10).

En el tercer número de *El Misóforo*, del 30 de julio de 1850, ya el presidente López era descrito como un tirano, como Sila, César, Antonio u Octavio, pero sin el genio de estos (*El Misóforo* 3, 12-13). Otro número de esta publicación, del 28 de septiembre de ese mismo año, hacía una consistente crítica del voto público en las elecciones legislativas o presidenciales y, veladamente, cuestionaba el



sufragio universal irrestricto. A diferencia de muchos otros artículos aparecidos en esta publicación, el lenguaje era más sosegado y respetuoso, pero la analogía del gobierno liberal de López con el terror jacobino emergía en cada página. El sufragio secreto, sostenía este autor, era una tradición republicana que los jacobinos y socialistas habían abandonado desde que hicieron “ostentación de infamia y cobardía” al condenar a muerte a Luis XVI en la Convención (*El Misóforo* 6, 25).

Ya para finales de 1850, la agresividad de *El Misóforo* subía de tono y sus editorialistas enviaban ultimátums al Gobierno. En el editorial titulado “Al Partido Conservador”, del 17 de octubre, por ejemplo, los líderes de esa corriente en Popayán decían que “aunque jamás harían una revolución sin razones justas ante la moral y ante los derechos del hombre”, tampoco se “dejarían arrebatar sus derechos (*El Misóforo* 7, 29). El autor hacía un llamado contra los efectos perniciosos del “quietismo en política”, que “conduce a la sociedad al estado de indiferencia y despotismo” y que amenaza a las sociedades de “verdaderos cristianos” (29). Y terminaba casi en llamados a la violencia, como los de “establecer el principio de repulsión contra las pandillas y los jaquetones rojos” y “correctivos contra los anarquistas”, por medio del “empleo de una fuerza represiva conveniente (29).

El principal aporte de Julio Arboleda, uno de los popayanos que respondería a aquel llamado a las armas, a *El Misóforo* fue el largo poema político “Escenas democráticas” (1850). La composición arrancaba con una invocación a las musas de Homero y Horacio, Dante y Cervantes, para que lo ayudaran a narrar la tiranía y el terror impuestos por el Gobierno liberal. Luego Arboleda optaba por expresar su rechazo a este último por medio de la ridiculización de las sociedades democráticas y las escuelas republicanas, que aglutinaban a los jóvenes liberales y socialistas. Hay, detrás del tono satírico del poema, una visceral oposición a las nuevas formas de sociabilidad política promovidas por el liberalismo, que partía del argumento de que esa dilatación de la sociedad civil amenazaba la vieja estructura familiar y eclesiástica de la sociedad neogranadina.

Así como Dios “saca a lucir los insectos que decora / con las tintas del sol y de la aurora”, la misión del poeta conservador, según Arboleda, era sacar a la luz los “bichos sociales / de entre la muchedumbre de mortales / y dárselos al público (Caro 59). La “mano raquítica” del Gobierno difuminaba esos bichos en Popayán por medio de clubes, logias, cafés y salones donde se leía a socialistas y liberales franceses de la Revolución de 1848. En esas reuniones, sostenía Arboleda, se desataban las pasiones y se legitimaba el rencor social. El sentimiento predominante en los miembros de esas nuevas asociaciones liberales era, a su juicio, el odio a los ricos:

¿Por qué soy pobre yo? ¿Por qué me insulta  
 el rico, hasta al pasar por su ventana  
 la vista de su hermosa porcelana?  
 Su dicha aumenta, mi desgracia abulta.  
 Sus muebles lujosísimos, y aquellos  
 papeles mil diversos y dorados,  
 sus salones de púrpura alfombrados  
 con tapices magníficos y bellos,  
 todo me grita al alma, y maldigo...  
 ¡Malditos seáis, rico y tu riqueza!  
 ¡Maldita sea mi infeliz pobreza!  
 ¡Rico! ¡Yo soy y he sido tu enemigo! (Caro 62)

Ese odio a las élites, al decir de Arboleda, producía una desnaturalización de los tres valores primordiales de la república colombiana –la “Patria, el Pueblo y Dios”, toda vez que hacían de estos “invenciones de los ricos y los opresores” (63). A su entender, los socialistas y liberales de Bogotá estaban abriendo las puertas de la política a clases peligrosas que, además de odio, traían consigo la improvisación y la inexperiencia: “mas la Nueva Granada, / hermosa patria mía, / entréganla sin fianza a esos doctores / eternos charladores / que no saben siquiera ortografía” (70). Una alusión a William Pitt le permite contraponer el ejercicio de la política en la monarquía constitucional y parlamentaria británica, que esgrime como paradigma de gobierno, y el jacobinismo de los “rojos advenedizos”:

Allá en Britania, tierra de los sabios,  
 cada partido tiene en su registro  
 apenas uno para ser Ministro;  
 y aquel uno ha vivido  
 por luengos años estudiando al hombre,  
 y canas le han nacido  
 para adquirir y merecer su nombre  
 pero aquí, patria mía,  
 se encuentra un Peel en cada pulpería.  
 Para todo es preciso que la gente,  
 aprenda entre nosotros,  
 aún ara torear y amansar potros,  
 menos para ministro o presidente. (70-71)

Justo ahí, Arboleda dio otra vuelta de tuerca al principio clasista del conservadurismo neogranadino, echando en cara a los “rojos” que, a diferencia de los artesanos a los que querían representar, no habían aprendido aún el oficio de la política. Fue entonces que demandó de los letrados que se propusieran en serio ser el equivalente, en el Estado, de los carpinteros y los herreros. Ese don de la administración pública, en el imaginario de Arboleda, formaba parte de un legado patricio, transmitido de generación en generación desde el nacimiento de la república. Una vez más, su condición de heredero de los próceres de la independencia era reclamada como privilegio para el ejercicio del poder.

Cuando fue encarcelado, a principios de 1851, Arboleda firmó en la prisión dos poemas el 7 de marzo de ese año –día en que se conmemoraba el segundo aniversario de la llegada de López al poder-. En ambos, el titulado “Estoy en la cárcel”, una carta versificada a sus padres, y “Al congreso granadino”, el poeta católico reiteraba la imagen del Gobierno liberal como reino del despotismo y la esclavitud. El régimen de López desvanecía el ideal de la independencia: el “genio, la virtud y la ciencia” que los padres fundadores habían empeñado en destruir el orden colonial eran reducidos a una variación en el “nombre del ferroz tirano” y al establecimiento de una “peor esclavitud” (Caro 79). En aquellos poemas, Arboleda esgrimía su encarcelamiento como una refutación de las pretendidas libertad e igualdad que defendían los liberales: “¿por qué, si fue sincero el déspota arbitrario / que quiso se ensanchasen los lindes de la prensa, / adoptan sus satélites por única defensa / llevarnos a la cárcel con la mano liberal” (89).

Este discurso católico de la libertad articulado por Julio Arboleda no podría ser plenamente interpretado si no se le confronta con la condición del poeta como dueño de esclavos y como opositor a un Gobierno que promovía la abolición definitiva de la esclavitud en Colombia. En una circular que envió el gobierno de José Hilario López a sus representantes diplomáticos en Ecuador y Perú, y que cita Iván Vicente Padilla Chasing, el ministro de Relaciones Exteriores, Victoriano de Diego Paredes, acusaba a Arboleda de ser un “enemigo innato” del sistema democrático por ser poseedor de esclavos y haberlos vendido en Perú antes de que entrara el vigor la Ley del 21 de mayo de 1851, que erradicaba la subsistencia del trabajo esclavo en Nueva Granada (Paredes 9-10).

Dado el imaginario rígidamente jerárquico que informaba la idea de Arboleda sobre la composición social y racial de Colombia y que se plasma en sus poemas, no es inverosímil que el poeta, en vez de liberar a sus esclavos, los haya vendido, antes de levantarse en armas contra el Gobierno que promovía la abolición definitiva de la esclavitud. Esa acción, por monstruosa que pueda parecer, era justificable desde algunas –no todas– visiones católicas de los

derechos naturales del hombre que entendían la desigualdad, e incluso la esclavitud como fenómenos precisamente naturales que no podían ser transformados por medio de la ley ni la costumbre. Para Arboleda, como para muchos liberales o conservadores esclavistas del Caribe, la ausencia de libertad de la población negra era una realidad natural inamovible, mientras que el despotismo y la esclavitud promovidos, según ellos, por laicistas y abolicionistas eran realidades civiles que podían confrontarse política o militarmente.

La identidad de Arboleda como político opositor y como soldado conservador se construyó en torno a ese desdoblamiento de los conceptos de libertad y esclavitud. Un desdoblamiento, habría que agregar, silenciado por sus biógrafos del siglo XIX, fueran liberales como Samper o conservadores como Caro. Ese silenciamiento del imaginario racial y social del poeta se reforzó en el proceso de canonización hispánica del autor de *Gonzalo de Oyón* (1858) que iniciaría Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Antología de poetas hispano-americanos* (1893) y, sobre todo, en la *Historia de la poesía hispanoamericana* (1910). En la primera, Julio Arboleda estaba tan bien representado como José Eusebio Caro, otro poeta conservador colombiano, pero que, a diferencia de aquel, no era virtuosamente descrito como poeta ni como mártir.

Menéndez y Pelayo comentaba elogiosamente los poemas de “Escenas democráticas”, “Estoy en la cárcel” y “Al congreso granadino” y, sobre todo, el *Gonzalo de Oyón*, que consagraba en la mejor tradición de la literatura épica de Ariosto, Tasso, Ercilla e, incluso, Walter Scott (Menéndez y Pelayo 456-462). *Gonzalo de Oyón*, dice, es el “más notable ensayo de la poesía americana en narración épica”, y sitúa a Bello, Olmedo y Heredia, por supuesto, por debajo del poeta católico colombiano (458). Arboleda, según el gran crítico santanderino, además de un poeta castizo del romanticismo verdadero fue “un hombre de corazón, un poeta romántico en la vida, no menos que en los escritos”, el “tipo más caballeresco y aristocrático que en los anales de la democracia americana pueda encontrarse” (456).

Por si fuera poco, Menéndez y Pelayo suscribía la versión sobre la muerte de Arboleda presentada por Miguel Antonio Caro en la edición neoyorkina de los poemas del católico de Popayán en 1884. Quien había ejecutado al poeta era un “vulgar asesino pagado” y su muerte era equiparada con la de Antonio José de Sucre, en una reiteración más del tópico del linaje criollo de los padres de la Patria (457). Menéndez y Pelayo silenciaba, desde luego, el esclavismo de Arboleda y hasta legitimaba, medio siglo después, su alzamiento contra el Gobierno liberal en 1851. Como buen varón católico y patriarca de la familia criolla, Arboleda había desenvainado su espada y había escrito artículos y poemas políticos en *El Misóforo*

en contra de una “torpe imitación del socialismo europeo”, que “oficialmente planteaba la anarquía” (457).

La canonización de Julio Arboleda emprendida por Caro en Colombia y Menéndez y Pelayo en España a finales del siglo XIX era equivalente, en las letras hispanoamericanas, a la de Gabriel García Moreno por la Iglesia católica en los últimos años del pontificado de Pío IX. La muerte de este último, a manos de un grupo de masones y liberales, fue asumida por Roma como el martirio de un héroe católico. Arboleda, a diferencia de García Moreno, no llegó a ser presentado como mártir católico por el Vaticano, a pesar del fuerte acento religioso de su poesía, pero sí fue resueltamente historiado como víctima de liberales y socialistas fanáticos por el conservadurismo hispánico y por la propia Iglesia colombiana. La historiografía de ese país aún debate el asesinato de Arboleda y no pocas versiones apuntan hacia una ejecución a manos de sujetos populares, que acumulaban agravios contra el hacendado<sup>3</sup>. En todo caso, no deja de ser irónico que el desenlace de Arboleda hubiera sido tan parecido al de Gabriel García Moreno, el caudillo ecuatoriano al que se enfrentó militarmente y con el que, sin embargo, compartía más de una idea sobre la sociedad y la política latinoamericanas.

Esta vindicación del conservadurismo católico latinoamericano desde el discurso de la hispanidad peninsular a finales del siglo XIX opera, como ha argumentado Arcadio Díaz Quiñones, sobre una persistente invisibilización de los conflictos raciales del Caribe, generados por cuatro siglos de esclavitud y colonialismo, y atizados por las guerras de independencia en la región y el subsiguiente relanzamiento de la hegemonía de Estados Unidos sobre esta (65-122). Arboleda, Caro, Ospina y otros letrados conservadores neogranadinos del medio siglo XIX confirman, como pocos de la misma generación latinoamericana, el proceso de construcción simbólica de un código de honor criollo, basado en una práctica antiliberal del catolicismo y en un discurso patrimonial sobre la patria, como el brillantemente descrito por el historiador guatemalteco Severo Martínez Peláez en un libro clásico (25-46).

No estaría de más concluir que esas prácticas y representaciones de la hegemonía racial y social, en las que se mezclan nociones hereditarias de la sangre y el poder, de la religión y la familia, no fueron ni son exclusivas de las élites letradas y políticas. Estudios recientes sobre las guerras civiles que se produjeron en Colombia entre 1840 y 1902 describen la multiplicidad de actores hegemónicos

---

3 Existe una versión cercana a la leyenda popular sobre la muerte de Arboleda, según la cual quien lo ejecutó era el hijo liberto de dos esclavos a quienes el poeta católico había matado (Ramos).

y subalternos, urbanos y rurales, elitistas y populares, que se involucró en aquel afán de “ganar el cielo, defendiendo la religión” (Ortiz *et al.*). Las guerras civiles, y especialmente aquellas que fracturaron las naciones hispanoamericanas en bloques antagónicos autodenominados liberales y conservadores, fueron experiencias que partieron por la mitad las comunidades nacionales y locales, y que sedimentaron largas genealogías simbólicas que, discontinuas e interpeladas, llegan hasta nuestros días.

### Obras citadas

- Arboleda, Julio. *Los jesuitas*. Bogotá: Imprenta de M. Sánchez Caicedo, 1848.
- Caro, Miguel Antonio, ed. *Poesías de Julio Arboleda*. Nueva York: D. Appleton y Compañía, 1884.
- Díaz Quiñones, Arcadio. *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes, 2006.
- Gómez Restrepo, Antonio. *Historia de la literatura colombiana*. T. IV. Bogotá: Dirección Cultural de Colombia, Imprenta Nacional, 1946.
- Groot, José María. *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*. T. V. Bogotá: Casa Editorial de M. Rivas, 1893.
- Gruzinski, Serge. *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Jiménez P., David. “Romanticismo”. *Historia de la poesía colombiana*. Bogotá: Fundación Casa de la Poesía Silva, 1991. 63-74.
- Henao, Jesús María y Gerardo Arrubla. *Historia de Colombia*. T. II. Bogotá: Librería Colombiana, 1929.
- Lacouture, Jean. *Jesuitas. Los continuadores II*. Barcelona: Paidós, 2006.
- Lastarria, José Victorino. *Historia constitucional del medio siglo*. Gante: Imprenta de Eug. Vanderhaegen, 1866.
- Martínez Peláez, Severo. *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1971.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Historia de la poesía hispanoamericana*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948.
- El Misóforo* 1. 13 jun. 1850 [Popayán, Nueva Granada].
- El Misóforo* 2. 18 jun. 1850 [Popayán, Nueva Granada].
- El Misóforo* 3. 3 jul. 1850 [Popayán, Nueva Granada].
- El Misóforo* 6. 28 sep. 1850 [Popayán, Nueva Granada].
- El Misóforo* 7. 17 oct. 1850 [Popayán, Nueva Granada].
- Ortiz Mesa, Luis Javier, *et al.* *Ganarse el cielo defendiendo la religión. Guerras civiles en Colombia. 1840-1902*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2010.

- Ospina, Joaquín. *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia*. T. I. Bogotá: Editorial Cronos, 1927.
- Padilla Chasing, Iván Vicente. *El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008.
- Paredes, Victoriano de D. *Circular a los agentes diplomáticos y a los cónsules de la Nueva Granada sobre los últimos acontecimientos políticos y otros que los explican*. Bogotá: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1851.
- Ponce Ortiz, Esteban. *La idea del mal en el siglo XIX latinoamericano*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2009.
- Ramos, Luis Guillermo. *Historia, cultura y personajes de La Bolsa*. 17 de octubre de 2011. Web. <<http://enciclopediaafrocolombiana.bligoo.com.co>>.
- Refutación de algunos errores del Sr. Julio Arboleda sobre los jesuitas y sus constituciones*. Bogotá: Imprenta de J. A. Cualla, 1848.
- Samper, José María. *Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada*. Bogotá: Imprenta del Neogranadino, 1853.
- \_\_\_\_\_. *Los partidos en Colombia. Estudio histórico político*. Bogotá: Imprenta de Echeverría y Hermanos, 1873.
- \_\_\_\_\_. *Historia de un alma. Memorias íntimas y de historia contemporánea*, Bogotá: Imprenta de Zalamea Hermanos, 1881, pp. 155 y 222-223.
- \_\_\_\_\_. *Selección de estudios*. Bogotá: Biblioteca de Autores Colombianos, 1953.